

Dora Castellanos en San Cristóbal

Nos ha visitado, y es la segunda vez que lo hace, Dora Castellanos. Lo primero que ha hecho aquí es darnos un recital en el Salón de Lectura. Lo segundo, regalarnos con una conferencia y en la misma institución. Han ¡ do éstas, dos oportunidades/en que hemos estado en contacto directo, fervoroso, inolvidable, con la poesía, que ella tan bien edifica; que ella tan bien encarna; que ella tan bien representa y simboliza en la presente hispanoamericana.

Dora Castellanos, primeramente, es bogotana legítima. Representa, de modo magnífico, la Atenas Hispanoamericana. Es gentil hasta más no poder. Tiene, como dicen los dirigentes políticos, inagotable e indudable carisma. Cuando la conocemos y tratamos y escuchamos, nos viene a la memoria, el verso famoso de Amado Nervo: "quien la vio no la pudo ya jamás olvidar". Todo en ella, efectivamente, es grato. Desde su presencia física hasta su temblorosa sensibilidad. Desde su cordialidad derramada hasta la vivacidad con que hace girar, sobre cualquier tema, su conversación. Desde el timbre perfecto de su dicción, así cuando conversa como cuando recita, hasta el aura poética dentro de la cual habla, gesticula, va y viene.

Esta gratísima criatura, pues, Dora Castellanos, es, hoy por hoy, la voz femenina más sustantiva con que cuenta la poesía hispanoamericana. Ha publicado una media docena de libros estupendos. "Clamor" en 1948; "Verdad de amor" en 1952; "Escrito está" en 1962; "Luz Sedita" en 1972; "Año dos mil contigo" en 1977; "Zodiaco del hombre" en 1980. No es muy caudalosa, como se ve, esta bibliografía. Sí es, en cambio, muy característica. Se trata de algo muy significativo. Dora Castellanos, como todos los artistas de su generación -la paralela entre nosotros es la Generación del 40-, ha tenido, al través de todos sus libros, la disciplina creadora que imponen dos elementos especiales. El uno es la autenticidad, que en ella salta a la vista. Esa manera, tan espontánea como profunda, con que esta mujer le es fiel a sus experiencias más radicales. El otro, no menos importante, es la fidelidad a las fuentes clásicas de las cuales venimos y a las cuales nos debemos. Todo esto ha obrado eficazmente para que la poesía de Dora Castellanos, siendo tan de nuestro tiempo, tenga tan castizo regusto. Este signo, en ella tan entrañable, no alude solamente a la forma; apunta, mucho más significativamente, al espíritu que tiembla en cada uno de sus poemas.

Y, puesto que estamos haciendo relación con los clásicos, eso es lo que es Dora Castellanos en la hora central que vive. Un clásico vivo y militante. Que vive en Caracas. Que trabaja en la Embajada de Colombia. Y que, de pronto, irrumpe, como estos días, en San Cristóbal y nos deja el alma sacudida por el aletazo de la belleza.

Viendo, escuchando, leyendo a Dora Castellanos, se nos vienen al corazón las mujeres más ilustres con que cuenta la hispanoamericana de todos los tiempos. La más remota,

verdaderamente extraordinaria en su actitud existencia, y en su legado estético, es Juana Inés de la Cruz. Su libro "Inundación Castálida" sigue asombrando a la crítica especializada. Mucho más tarde, claro está, aparecerían las otras: nuestra muy venezolana Teresa de la Parra, en cuya belleza y en cuya voz y en cuya obra se han complacido siempre todas las Españas; la chilena Gabriela Mistral, la mujer de soplo más trágico que ha atravesado, como una iluminada, los predios de la poesía en este lado del mundo; las argentinas Delmira Agustini, de tan melancólica andadura lírica, y Alfonsina Storni, de tan angustiado erotismo sáfico; y la uruguaya Juana de Ibarbourou, que parece equilibrar en su obra el dolor de la Mistral y el desbordamiento de la Storni, De tan extraordinario desfile forma parte, en nuestros días y acabamos de verla y escucharla, Dora Castellanos.

Hay que subrayar, ante este felicísimo fenómeno de nuestra cultura hispanoamericana, algo decisivo. No ha tenido España, la Madre Patria como la llamamos, en todos sus tiempos, una sola mujer que pudiéramos emparejar con cualquiera de las que acabamos de revisar. Ello nos hace pensar, con todos estos datos en la mano, que el meridiano de la poesía femenina pasa, con exclusividad, tratándose de nuestra lengua, por Hispanoamérica. Desde Juana Inés hasta Dora Castellanos, está compendiada esta poesía. Desde Juana Inés hasta Dora Castellanos, ambas incluidas, son siete verdaderas musas cuyo desfile tiene valores suficientes para producir el pasmo de cualquier cultura del mundo.

Juana Inés de la Cruz, Gabriela Mistral, Teresa de la Parra, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini, Dora Castellanos. El plantel es impresionante. Bien pudiéramos aplicarle en conjunto el verso perfecto de Eduardo Castillo: "desfile suspirante de sombras adoradas". Porque estas siete inspiradas de nuestra más entrañable, más palpitante, más representativa poesía, desfilan por nuestra sensibilidad con la misma eficacia, con la misma hondura, con la misma prestancia y con la misma luz penetradora que los clásicos de la Edad Dorada. Démonos, en fin, por privilegiados al ver que una de estas ilustres mujeres, Dora Castellanos, tenga verdadera predilección por nuestra ciudad. Y que nos la deje, como ahora, iluminada por su inagotable gracia.-